

fervor que una beata cuarentona. Parece que la vida se hubiera reducido para tí a cuidar indolentemente de unas cuantas flores.

LUZ.—Al cabo, las flores que me de la tierra han de ser siempre más nobles, o más inofensivas que las que tú recojas en los salones.

ANGELA, *con suficiencia*.—La habilidad consiste en no espinarse ni con unas ni con otras.

LUZ.—Quién lo duda! Sólo que mientras aquéllas enervan algunas veces, las mías son como las almas buenas, que sacan de la negrura donde tienen las raíces, el colorido de sus pétalos perfumados...

ESCENA II

LUZ, ANGELA, JOSÉ

Rompe el diálogo la entrada del viejo jardinero que viene para llenar la regadera vacía.

ANGELA, *alzando los ojos*.—Allá vienen gentes a caballo... Decididamente, son ellos. Me voy. Pero déjame antes robarte esta rosa Príncipe Negro, para que les dé una leccioncita de moral a las flores que de seguro recogeré esta noche...

Corta la rosa de la maceta.

Voy a quitarme este disfraz. Hasta luego!

LUZ.—Avisale a tu madre que ya están aquí los amigos.

ANGELA.—Pierde cuidado.

Se va por la primera puerta.

JOSÉ.—Señora: le parece que llene otra vez la regadera? Cuidao que esas matas se van a tragar toda el agua del estanque... Por ésta!

Besa los dedos en cruz.

Pero no me está oyendo, señora?

LUZ, *abstraída*.—Sí, sí; no la llenes más. Vé a guardarla.

JOSÉ.—No, no es eso; es que la veo como muy triste.

Algún otro disgusto con el señor... Bien me lo decía yo! Este me daba mala espina, pero cuando yo pensaba en el otro; en que usted se iba a casar con él, con el que se fué, me quedaba frío; porque por raro que éste me parezca, todavía era peor aquél...

LUZ, *contrariada*.—Calla, calla. No te mezcles en lo que no te va ni te viene.

JOSÉ.—Ah! señora; lo que va de ayer a hoy! No me decía usted eso, cuando yo la sentaba en mis rodillas y le contaba las con-

sejas de mi abuelo, mientras usted me tiraba de las barbas.

LUZ, *dulcemente*.—No seas tonto, no lo tomes a mal; si yo no he olvidado nada... Pero déjame, ve a guardar la regadera...

José toma la regadera y penetra por la segunda puerta. Luz le da un vistazo a las flores, sacúdense las manos y se arregla un poco el cabello; tócase el traje; se sienta en una de las mecedoras rústicas.

ESCENA III

LUZ y DOÑA ENCARNACIÓN

Doña Encarnación sale por la misma puerta por donde entró Angela primero, con un libro en la mano, y se acomoda en una mecedora, cerca de Luz.

DOÑA ENCARNACIÓN, *suspirando de satisfacción*.—Gracias a Dios que tenemos gente hoy! Porque aquí solas, viéndote bostezar a tí y oyendo rezongar a tu madre, se aburre una tanto!

Me temía mucho que lloviera y nos quedáramos sin ellos, como aquél domingo en que sólo vino tu marido, tu marido... hija.

LUZ.—Me alegra por todos, y más que nadie, por usted tía, siempre tan sociable.

DOÑA ENC.—Ah, sí! Yo todavía me siento en mis veinte!

Pasa aquí que yo soy la vieja y la chochera te ha dado a tí. Si parece que tú hubieras nacido con arrugas y canas... Tú nunca fuiste alegre... Pero ahora... Los malos matrimonios son así!

LUZ.—En cambio, es usted feliz, aun conserva esa juventud del espíritu que no desgastan los años.

Y la dejo, tía; vienen; ya están aquí!

Entra Luz con presteza por la primera puerta. Doña Encarnación, en pie, atisba y vuelve a sentarse. Entran Marcelo y Roberto en traje de montar.

ESCENA IV

DOÑA ENCARNACIÓN, ROBERTO y MARCELO; después LUZ.

MARCELO.—Buenas tardes, doña Encarnación.

Tiende la mano la señora.

Aquí me tiene usted, a pesar de mi fama de huraño y misántropo.